

Dora Ramírez: una manera de estar en el mundo

María Clara Echeverría Ramírez

Arquitecta, Profesora Emérita, jubilada, miembro del Grupo de Investigación Escuela del Hábitat - Cehap, Universidad Nacional de Colombia. Hija de Dora Ramírez, mechever@unal.edu.co

Ella: lo nuestro y la otredad

En medio de la debacle del diario vivir de una casa con 6 hijos, en la nuestra se conjugaba la confianza de mi madre quien, pausada, sabia y silenciosa, nos daba la libertad de ser y hacer a nuestra manera. Ella a veces pintaba en el rincón más tranquilo del enorme patio de la casa de la calle Caracas, aunque por lo general lo hacía en el extremo del corredor más convulsionado, donde transcurría todo lo que pudiese habitar allí. Aunque vivíamos en una casa enorme de tres patios con todo el espacio disponible, ella prefería mimetizarse en el espacio del patio central de la casa, reduciendo “su taller” de la forma menos invasiva a su caballete, dos banquitos de madera (uno diminuto que usaba para pintar las partes más bajas de sus obras) y una mesa pequeña para poner sus pinturas de múltiples colores.

Mi madre se tomó muy en serio tres claves aportadas por personas cercanas a ella para nuestra vida. De sus conversaciones con el Maestro Fernando González: *vive tu verdad*; de Gustavo González Ochoa, nuestro médico, su respuesta sobre cómo haría para criar a sus 6 hijos: *con el ejemplo*; y de su padre, de su respaldo cuando era censurada socialmente por su forma de vida: *yo confío en usted*. En esencia: atrévete a ser quien eres, muestra quién eres, confía en ti y ante nadie deja de serlo. Ella se entregó con tranquilidad, sin vanidad y con mucho amor a construir pasito a pasito lo que hizo: pasito al adelantar un paso cada vez y pasito haciéndolo sutilmente. Siempre fue delicada su relación con el mundo y con quienes la rodearon, en sus temas y en su

mirada, segura de que la finura no contradecía su fortaleza. Decimos que *siempre hizo lo que quiso*, y lo hizo con contundencia, sin atropellar a nadie.

Mi casa era distinta..., allí sucedían cosas diferentes y se valoraba más lo que éramos, lo que hacíamos y lo que ocurría, por encima de los bienes poseídos o de un orden pretendido: “son terribles las casas en las que no ocurre nada, que todo está en orden, donde no se encuentra una ninguna costura olvidada ni libros empezados” decía mi madre. Ser y hacer mantuvieron a mi madre viva y con capacidad de moverse por múltiples in-imaginados universos. “... Admiro mucho a la gente que hace algo, así sean zapatos, lo que sea, la gente que utiliza su vida en algo que se ve, y algunos de ellos son los cantantes, los bailarines, los músicos...”¹.

Sin sofisticaciones pedagógicas ni guías psicológicas o conducciones intencionadas, con mucho estímulo y confianza en nosotros y en los otros, mi madre hizo de su casa un lugar de experiencia creativa, donde valía más nuestra vivencia que los bienes materiales. Hicimos carreras de caballos poniendo como obstáculos los muebles a lo largo de los corredores; como arañas, atravesamos toda la casa sin tocar el piso; en una pieza que nos prestó, montamos un circo con colchones en el suelo, un trapecio hecho del tubo de un toallero colgado desde las vigas del techo y un reflector resuelto con un bombillo dentro de un tarro de galletas Saltinas; hicimos batallas de zapatos con mesas como trincheras; montamos espectáculos musicales con los telones hechos de colchas; subimos

María Clara Echeverría R., fotografía tomada a su madre Dora Ramírez



al techo, a veces con escalera y a veces sin ella; y nos deslizamos por los corredores enjabonados. Todo lo existente estaba al servicio de la lúdica y la creación.

Le preocupaba profundamente cómo los sistemas escolares terminaban dañando la creatividad de los niños, de allí que, como profesora buscara liberar la capacidad creativa de cada ser. No tener de su mundo nada oculto, lo expresaba en ser capaz de trabajar sus obras en el patio principal a la vista de todos los visitantes, además de sus 6 hijos, y en tener su escuela de pintura infantil (y luego de adultos) en nuestro comedor en toda la mitad de la casa (chicos y chicas nos invadían atravesando nuestras habitaciones). Tal libertad también formó parte de su universo artístico, sin que existiese contradicción entre la esfera individual familiar y su mundo del arte.

Como mujer de su origen y en cualquier época de su vida, nunca sintió que pudiese tener límites para entrar a ningún universo creativo. Incursionó en la pintura ya con su familia conformada y dedicó sus últimas décadas a *pintar con los pies*, cumpliendo su sueño de bailar tango como bailarina central de un musical de Tango. “¿Cuántos años tienes? Le preguntó alguien (...) y ella repuso con su

sonrisa franca y abierta: —Los que debe tener una mujer de mi edad”².

Cuando Joche, nuestro hermano menor, entró al colegio, ella abrió sus alas infiltrando el arte como nuevo sentido de nuestra casa. Sin incompatibilidades ni ocultamientos entre lo uno y lo otro, nuestro hogar se mostró tal cual era ante quienes entraron en nuestra vida cotidiana y, a la par, el mundo del arte llegó a nuestra casa sin ocultarnos nada de lo que era, y fue recibido sin atajos ni juicios moralistas.

Ella detestaba y desdénaba las habladurías de salón y los prejuicios, lo cual nos reforzaba con sus frases y dichos, como “*no importa el qué dirán y cada cual tiene razón a su manera*”. Tal vez la obra que más directamente aborda este tema fue *Lengüitas para la hora del té*. De allí que, en lugar de sentarnos en la mesa a oír chismes, a través de mi mamá oímos, vimos y vivimos, las vidas y obras de Picasso, Van Gogh, Rousseau, Dalí, Klimt, Georgia O’Keeffe, Goya, Velásquez, en fin... todo aquel mundo cobraba otro sentido ante nuestros ojos.

Nos fuimos llenando de una mixtura de personajes, escritores, pintores, teatreros, músicos, poetas y locos, y algunos adoptaron nuestra casa como lugar de una cita no concertada en las tardes y noches. Nuestra casa cautivaba mucho del mundo vivo del Centro de Medellín: Parque de Bolívar, San Francisco, Junín, Versalles, La Boa, Pablo Tobón... A medida que nos movíamos por los años —infancia, adolescencia y adultez—, la casa también iba mutando y fue mezclando tanto artistas e intelectuales como escolares, universitarios, mecánicos, arquitectos, ingenieros, administradores. Toda mezcla era posible, nada disonaba... las cosas eran tal cual eran.

¿Qué tiene de extraño eso para un pintor? Para ella era totalmente natural ser y dejarse ver sin ocultar nada, huyendo de intelectualismos, presentándose tal cual. Transparencia, confianza y tranquilidad sin amedrentarse por el miedo de exhibir sus trabajos inconclusos ante la mirada y el juicio de los otros. Eso quiso y eso siempre fue.

² Óscar Hernández M., *Otraparte*, Boletín 113, 17 de junio de 2013.

¹ Dora Ramírez, *Otraparte*, Boletín 113, 17 de junio de 2013.

Pero lo de Dora no era la escritura, y nunca lo fue. ¿Qué fue lo de Dora a ciencia cierta? ¿El tango? “Cada alma con su vuelo”, decía ella, para justificar su desaplicación. En la Documenta de Kassel y en la Bienal de Venecia, ante unas obras que respiraban desasosiego y desgarró, me permití pensar en voz alta. Dora, evoluciona Dora, deja de embaucarte y embaucarnos con tus bonituras a todo color. Ella se reía. ¿De qué no se reía la madre Dora Ramírez? Me sorprendía que un artista de un país endemoniado tuviera un genio tan parejo, tan plácido. Tan... de otra parte. Nadie, en mi entorno, era así (...). La gran obra de arte de la mujer que le tenía miedo a los ascensores fue ella misma: su manera de vivir. De la cual, ay, no se me pegó nada.³

Su placidez era diferente..., pues ella también fue resistente y alternativa. Hizo de nuestra casa aquel lugar de convocatoria cultural natural de la Medellín de los 60 y 70, hasta que *se la llevó el ensanche* con la abrupta intromisión de la Avenida Oriental. *De aquí no me sacan sino en una caja de madera con los pies pa afuera*, decía enseñándonos la rebeldía. Resistió hasta la llegada de un personaje gris con su maquinita de escribir a notificarle del juicio de lanzamiento ocasionado por la irreparable zanja-cicatriz que fracturó la continuidad de Prado y de Boston con el centro, hiriendo para siempre la vida urbana y la de mi madre. Nos dieron 15 días para desocupar. Ella fue alternativa en otros ámbitos: propugnaba por la alimentación saludable, la revisión de los diagnósticos médicos, la alerta sobre el estroncio-90 en la leche y el arroz, hicimos yoga cuando este se consideraba pagano, y preparábamos nuestro propio yogurt y nunca tomamos Coca-Cola.

Nunca temió transitar a otros ámbitos y se imbuía en universos enriquecidos desde la cultura, de allí su vínculo y amistad sin tapujos ni dilemas con escritores como Manuel Mejía Vallejo y Óscar Hernández, quienes se congregaban en nuestra casa alrededor de la literatura y las artes. Diseñó carátulas de libros para la Imprenta Departamental de Antioquia y telas para Textilila, una pequeña empresa textil. Fue muy cercana a Luis Alberto Álvarez, Elkin Obregón y Víctor Gaviria, con quien compartió algo de su mundo del cine y los jóvenes urbanos. Se abrió camino en el tango, llegando a ser

bailarina en las presentaciones nacionales e internacionales del musical Aire de Tango (montado por su hija Dora Luz y su familia). “... Tengo una reverencia profunda por los que hacen cine, por los poetas, por todo el que crea, por el que deja algo a su paso, que mantiene la mente ocupada”⁴.

Ella dejaba algo a su paso. Como parte de su obra pictórica, realizó murales en Enka de Colombia y Caprecan, dos con sus alumnos para la Biblioteca Pública Piloto y tres en muros del Centro de Medellín, no obstante muchos han desaparecido; aportó su obra del *Gardel en Llamas* para el telón de boca del Teatro Pablo Tobón⁵; lideró la realización del proyecto de las Vírgenes del Metro; apoyó a Botero promoviendo la conversión de Museo de Zea a Museo de Antioquia; participó en la organización de desfiles diseñados por artistas; envió a algún ministro su propuesta de Pico y Pala para el desempleo (nunca respondida); propuso tablados de baile para la ciudad insistiendo en que el baile contribuiría a la convivencia y apoyó el tango hasta sus últimos días.

Ella: su época y su arte

Lo anterior es apenas parte del mundo de Dora Ramírez que trasciende su misma obra. Tras lo cual, me aventuro a reflexionar sobre su época y obra.

Nacida en 1923, dentro de un medio social altamente taimado y moralista, vivir el arte como mujer separada desató fuertes críticas sobre su forma de vida ya por los años 60. Ella, siendo muy libre en su pensamiento, vivió con gran apertura y receptividad la diversidad implícita en el mundo de la cultura, lo cual le implicó soportar todos los prejuicios y juzgamientos que arrastraba esa sociedad sobre la vida bohemia y los artistas. A tal grado, que a su padre le llegó un anónimo censurando la inmoralidad de su vida y señalándola como no apta para criar a sus 6 hijos; a pesar de ser ella totalmente ponderada y transparente en su actuar, idealista y sin excesos. “En Medellín, mucha gente pensaba que Dora Ramírez tiraba a sinvergüenza. Esa reputación, de ‘muchacha casi guayaquilera’ no la mortificaba. Todo lo contrario. ‘Rubencito,

³ Rubén Vélez, “Cada alma con su vuelo”, *Revista Semana*, 14 de abril de 2016.

⁴ Ana María Cano, “Dora Ramírez vuelve atrás sobre su pintura”, *El Mundo Semanal*, 26 de noviembre de 1983.

⁵ En la elaboración de algunos de sus murales del centro de la ciudad y del telón de boca del Teatro Pablo Tobón contó con el trabajo de Libardo Ruiz, ella llamaba El Chino y valoró mucho, pintor de murales y reproducciones de artistas.



Dora Ramírez, “Muchacha en las montañas”, óleo sobre lienzo, 1969, Colección Museo de Antioquia, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón



qué mal me conocen, y ojalá sigan así de ciegos...”⁶.

Mientras tal dificultad surgía desde los sectores más recalcitrantes de la sociedad, a la par, ella enfrentaría un medio artístico escéptico frente a su mismo origen social y al hecho de ser mujer ¿Una mujer de su época y de procedencia burguesa podría a profundidad dedicarse al arte?

Por los años 60, Dora Ramírez, como muchos, había estudiado en Instituto de Bellas Artes e iniciaba su carrera artística en el Instituto de Artes Plásticas (que dio origen a la carrera de Artes de la U. de A.) ubicado a media cuadra de nuestra casa (calle Caracas con El Palo). Allí nos llevó a posar dentro de las clases que recibía. De tal período encontramos composiciones abstractas, acuarelas, óleos, carboncillos, bodegones, cuerpos masculinos y femeninos, retratos, y todo su incursionar en temas y técnicas propuestas desde la academia. A partir de allí comenzaría su ardua tarea de descubrir quién era ella desde su labor artística y de encontrar su propio sentido estético, color, propuesta formal, temas...

Tal búsqueda ocurría cuando las artes transitaban hacia lo internacional (por ejemplo, las Bienales de Medellín), la organización institucional y académica (por ejemplo, carreras de artes en la U. de A. y en la UNAL), la profesionalización de la crítica, el surgimiento de galerías, la promoción selectiva de artistas y su instalación en el mercado del arte. En aras de lo contemporáneo, se posicionaban nacional e internacionalmente otras expresiones artísticas, que cuestionarían el sentido de su labor. Enunciados tan categóricos como: “la muerte de la pintura de caballete” la impactaron profundamente, tanto que al enviar su autorretrato *Mujer en la ventana abierta* a una Bienal lo nombrase *Viva la pintura*. Me atrevo a llamar a aquel como un período de intelectualización del sentido del arte, durante el cual, aunque la obra en sí pudiese tener un valor propio, el concepto enunciado detrás de la misma terminaría cobrando un valor supremo.

Y la rechazaron varias veces aquí, no?

El mito de Marilyn fue rechazado aquí en un Salón del 78 cuando acababa de venir de París y había expuesto en la Unesco con éxito (...). No entiendo todavía cómo otro cuadro que rechazaron, en una exposición en Alemania, en Hamburgo, lo usaron para el afiche y lo pusieron al lado de Warhol. A veces la gente se equivoca. Rechazaron el Valentino y el Gardel en el Museo de Zea y hoy son de la colección permanente: es que yo no pasaba ni una.⁷

No obstante, su conexión y participación como artista con otros colegas de Medellín, gestaría un espacio urbano para el arte que fue muy significativo para ella.

Eduardo Serrano (...) señala el surgimiento de un grupo de artistas de Medellín, después de haberse desactivado las bienales de arte de Medellín (1968, 1970 y 1972). (...) Alberto Sierra, los denominará “Los once” o “generación urbana”, cuyos planteamientos renovarían de forma decidida el panorama artístico regional de los años cincuenta.⁸

Dora Ramírez y Marta Elena Vélez fueron las únicas mujeres que participaron de aquel valioso grupo de los once antioqueños, habiendo nacido Dora una y dos décadas antes que todos ellos: Dora Ramírez (década del 20), Umberto Pérez, Rodrigo Callejas, Marta Elena Vélez (década del 30), Javier Restrepo, Hugo Zapata, Juan Camilo Uribe, John Castles, Álvaro Marín, Óscar Jaramillo y Félix Ángel Gómez (década del 40).

En Colombia, la vanguardia adoptó una posición intermedia entre el esoterismo y la necesidad individual de seguir comunicando con el público. Vanguardistas solitarios, como los mencionados Bernardo Salcedo (n. 1942); José Urbach (n. 1940), con una importante obra conceptual apoyada en su fotografía; así como Dora Ramírez (n. 1923) y Marta Elena Vélez (n. 1939) con sus pinturas pop, dan el tono de moderación de la posición de ruptura (...).⁹

Dora perteneció a la generación de los años dorados del cine, que señaló nuevas estéticas y formas de vida, con la cual supo identificarse y, a su vez, frente a la cual supo diferenciarse. Emergieron nuevas imágenes e imaginarios, sofisticaciones e idealizaciones asociadas a la belleza y a la élite, que mostraban a las mujeres más liberadas,

⁶ Rubén Vélez, “Cada alma con su vuelo, un adiós a Dora Ramírez”, *Revista Semana*, 14 de abril de 2016.

⁷ Ana María Cano, “Dora Ramírez vuelve atrás sobre su pintura”, *El Mundo Semanal*, 26 de noviembre de 1983.

⁸ Eduardo Serrano, “Once antioqueños en el M.A.M.”, *ICAA, Documents of Latin American and Latino Art*, (1975).

⁹ Marta Traba, *Arte de América Latina 1900-1980*, (New York: Banco Interamericano de Desarrollo, 1994).

pero aún no emancipadas. Por otro lado, en los medios circulaban imágenes sobre la vida hogareña y la felicidad de amas de casa libradas de lo arduo de su labor por la incursión de los electrodomésticos.

En su mirada a la vida privada, ella se distanció de esto último, procesando lo doméstico de forma diferente. No sería ella quien representaría a la mujer dedicada al hogar, sino quien descubriría otros significados de lo doméstico a partir del rescate de objetos y rituales cotidianos. Dejó de lado el rol de ama de casa, para abordar el mundo hogareño femenino encontrando y reinterpretando elementos muy diferentes del hogar. Trabajó su serie *Las horas*, del amanecer, atardecer y anochecer, donde vuelan los manteles colgados; *La olla atómica*, *De tres a cinco minutos* (el huevo), *La pecera pública*, sus *Lengüitas para la hora del té* (largas y chismosas que sutilmente se representan en imágenes aparentemente inofensivas); homenaje a Escalona: *Voy a hacerte una casa en el aire* y *Para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita*; tres obras llamadas *Las Atlántidas 1, 2 y 3*; y muchas otras naturalezas que rescatarían múltiples elementos, resignificando lo doméstico: duraznos y uvas, cucharitas, mesas servidas, manteles...

La obra de Dora Ramírez es un homenaje al vivir, es luz, afirmación, es alegría. Nada hay que la lleve a la descripción de anécdotas ni a consagrar situaciones sentimentales. Es pintura por sí, porque sí. Plana, de tonos crudos y bordes afilados, no pretende engaños visuales ni propone trascender en busca de filosofías. De ahí su claridad y su franqueza; esa aspiración a lo llano y a la verdad hace que se asocie con lo primitivo, pero Dora Ramírez no es primitiva...¹⁰

Frente al mundo del espectáculo, de la vida pública, ella construyó una conexión existencial con el universo idealizado del cine. Casi se soñaba parte de este, atando sus estéticas a sus dramas. La sofisticación y osadías de Greta Garbo, Pola Negri, Gloria Swanson, Marilyn Monroe y Marlene Dietrich vivían entre nosotros, a ellas las veíamos pasar por nuestro patio, se sentaban en nuestra mesa, con Rodolfo Valentino y la música de Carlos Gardel... Conocimos

de sus vidas y fantasías tanto como de sus pasiones y tragedias.

En medio de su absoluto amor por el bolero y el tango, con su gran apertura por lo nuevo, aunque algunos moralistas consideraran al *rock* casi satánico, ella se acercó a los Beatles a la par de nuestra generación, o tal vez mucho antes. Así, mientras ella elaboraba su maravillosa obra de los 4 Beatles, llegaban a nosotros todas las letras, anécdotas e imágenes sobre las vidas de Lennon, McCartney, Harrison y Starr.

¿Han desaparecido totalmente otras formas que tuvieron cierto éxito a finales de los setenta, como por ejemplo el realismo e hiperrealismo? No, no han desaparecido completamente y hay artistas que logran revitalizar la fórmula del realismo... Una artista como Dora Ramírez en Medellín encaja, siendo ella precursora de todo lo que estoy contando, de estridencia, de gusto popular, del mal gusto de los colores de la rockola, por ejemplo, en los temas de los Beatles con sus lucecitas. Ella está perfectamente a tono con este nuevo mundo pictórico, que desde hace mucho tiempo viene pintando, es decir, corresponde al desarrollo y trayecto de su obra.¹¹

Aunque a Dora Ramírez se la ha catalogado como neorealista, expresionista, naif, *kitch*, pop, vanguardista, ella nunca entendió por qué, ni aceptó ser encajonada, así decía: *me aterra que me encasillen...* Era esa su forma de autoexclusión de un mundo predicho y su clara pertenencia al mundo como un libro abierto.

Su ropa, trivialidad para muchos, fue en cierta medida una de las primeras señales que percibí de que ella era rara. Como mamá era diferente ¡se veía tan distinta a las madres de mis compañeras, no era beige, ni usaba sastre y tacones, ni peinados contenidos! Ella era de colores y su figura era sutil, suave, libre y natural. “Una mujer vestida igual que las cometas de mi infancia”¹².

¿Por qué la ropa? Para aproximarse a sus mitos, leía sobre sus vidas, nos compartía su amor e idealización para luego trabajarlos desde el arte e indagaba mucho sobre sus atuendos y colores; y para abordar los personajes de sus retratos conversaba con ellos y revolcaba sus closets para rastrear



Dora Ramírez, “Durante nueve meses crecerá tu cintura”, acrílico sobre lienzo, 1977, Colección Particular, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón

sus sentidos del color y sus estéticas. Así, desde su placer por las telas, movimientos, colores, cuadros, rayas, creó un elemento central de su lenguaje plástico.

¹³ Mario Rivero, *Dora Ramírez y la trascendencia de su lenguaje, Artistas plásticos en Colombia*. (Bogotá: Stomato, 1982).

En su pintura, ella transita y pone a dialogar los elementos estáticos con su búsqueda de lo móvil desde la voluptuosidad del cuerpo y del viento que sacude sus telas. En su autorretrato *Mujer en la ventana abierta* se descubre a sí misma escapando envuelta en telas de cuadros, así como sucede con *La maga* al volar sobre los tejados del patio. Ciertamente, este fue un encuentro de su obra, entre telas sigue el movimiento, en un ejercicio de liberación de formas que, si bien muchas son precisas y contenidas, son a su vez totalmente libres en el color, en ondulaciones y significados un tanto antagónicos. Su amor por el movimiento, el viento, los colores y las telas la llevaron a la Guajira, dedicando varias obras a las mujeres Wayuu, a quienes amó sin nunca haber pisado sus tierras.

Con su lenguaje abiertamente realista, Dora Ramírez nos dice de su interés por las vivencias auténticas, reales... en ella habla la valoración de una imagen llena de fuerza viva, mediante la cual quiere reflejar la época, el medio ambiente social, el hombre, pero siempre lo más cerca posible de la realidad, evitando conscientemente la anticuada zona de «lo bello» o el impacto de lo trascendental.¹³

Su escepticismo frente a lo político nunca minó su profunda devoción por Bolívar, sobre quien se leyó no sé cuántas biografías y a quien honró con su obra *Bolívar en el caballo de Rousseau* (ejecutado en tres versiones: acrílico, impresión sobre tela y mural en el Centro de Medellín). Tampoco aquel minó su amor por Manuelita Sáenz, a quien dedicó su obra *Manuelita Sáenz (La Libertadora del Libertador)*; ni minó su pertenencia al mundo terrenal, al realizar su obra *De nuevo la paz*, que donó a la presidencia de la República. Ambas obras las interpreto yo como homenajes a esas mujeres que quiso proteger sutilmente con sus telas.

Su manera de estar en este mundo fue así. Mujer fiel a sí misma, madre confiada de la experimentación creativa, amiga por vocación cuya única exigencia era la transparencia; artista de los colores en su rescate de mitos y nuevos sentidos de lo cotidiano, profesora desde la libertad creativa, artista desconectada de poderes y maquinarias; sutil y generosa desde su capacidad de asombro ante múltiples seres y mundos, capaz de valorar y relacionarse con sus diferencias sin encontrar imposible ningún diálogo ni fusión; y tan abierta a la diversidad que detestaba el fanatismo, frente a lo cual decía: *En lo único en que hay que ser fanático es en no ser fanático...* ■



Dora Ramírez, "De la serie Mitos. Libertad Lamarque", acrílico sobre lienzo, 1982, Colección Particular, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón